

OLVIDAMOS RECORDAR: HACIA UN SENTIMIENTO DE EUROPEÍSMO

LAURA CRAM

INTRODUCCIÓN

[...] la Conferencia reconoce la necesidad de mejorar y vigilar la legitimidad y transparencia democráticas de la Unión y de sus instituciones, con el fin de acercarlas a los ciudadanos de los estados miembros.

Tratado de Niza, Declaración 23, punto 6
sobre el futuro de la Unión

¿QUÉ PODEMOS HACER PARA QUE “EUROPA se acerque a la gente”? Ésta ha sido desde hace mucho una preocupación del diseñador de políticas de la Unión Europea (UE), y recientemente el Tratado de Niza la volvió a señalar como un objetivo de los estados miembros. A la fecha, la Comisión del Libro Blanco sobre la Gobernanza en Europa (White Paper on European Governance) busca responder en parte a esta pregunta con la redacción del mismo. Las declaraciones de la Comisión son ambiciosas: “Los interesados tendrían que tener voz y voto en la elaboración de las reglas comunes, desempeñar cabalmente su papel y ver resultados. Para que la gente aspire a sentirse parte de una Europa más amplia y compartir sus objetivos, primero debe entender plenamente cómo es conducida la Unión de 15 estados y tomar parte en la discusión y los debates sobre la dirección de sus políticas.”¹ El debate entre los ciudadanos en torno a “los valores, asuntos y decisiones europeas” debe, según se dice, ser fomentado.² El programa de trabajo de la Comisión del Libro Blanco llega incluso a invocar el espectro de la “identidad europea”.³

¹ SEC (2000) 1547/7 final, 11 de octubre de 2000, p. 5.

² *Ibid.*

³ *Idem*, p. 7.

Sin embargo, la pretensión de que aflore un *européismo heroico*, con el surgimiento concomitante de la “europeidad” o “identidad” europea, como lo postula el programa de trabajo de la Comisión del Libro Blanco, tal vez esté un tanto descaminada. Aquí se sugiere que el concepto de *européismo banal* permite comprender mejor el papel que desempeña la UE en la vida cotidiana de sus ciudadanos. La incorporación a la UE se ha vuelto cada día más la norma. En palabras de Billig, entonces, la UE es una figura que los individuos han interiorizado hasta el punto de haber “olvidado recordar” que la situación no siempre fue así.

IMAGINAR LA UNIÓN

[...] todas las comunidades cuyo tamaño es mayor que el del poblado primordial en el que los contactos eran cara a cara (y quizá también ése), son imaginarias.

B. Anderson, *Imagined Communities*⁴

En años recientes, los estudiosos de la UE han mostrado un renovado interés por el trabajo de los primeros teóricos de la integración, como Karl Deutsch y Ernst Haas. Algunos, por ejemplo, han empezado a reconocer la importancia de las transacciones para crear y mantener la “gobernanza”⁵ (*governance*) en la UE,⁶ elemento que ha sido central en el trabajo de Deutsch. Entre tanto, ha surgido nuevamente el interés por aprender “hábitos integrativos” resultantes de una cooperación previa. Los funcionalistas,⁷ la escuela de la comunicación⁸ y los neofuncionalistas⁹ ya habían enfatizado

⁴ B. Anderson, *Imagined Communities*, Londres, Verso, (1983)1991, p. 1.

⁵ Véase la explicación del uso de este término en la “Introducción” de este número de *Foro Internacional*.

⁶ W. Sandholtz y A. Stone Sweet, *European Integration and Supranational Governance*, Oxford, Oxford University Press, 1998.

⁷ Por supuesto, de manera muy específica, Mitrany objetaba la creación de una institución territorialmente basada en Europa, con el argumento de que “los problemas que ahora dividen a los estados nacionales volverían a aflorar en cualquier tipo de realineación territorial; su dimensión sería diferente, pero no su naturaleza maligna”. Véase D. Mitrany, *A Working Peace System*, Chicago, Quadrangle, (1943) 1966, p. 46.

⁸ K. Deutsch, *Nationalism and Social Communication*, Massachusetts, MIT Press, (1953) 1966; K. Deutsch, “The Growth of Nations: Some Recurrent Patterns of Political and Social Integration”, *World Politics*, vol. 5, núm. 1, 1953, pp. 5-62.; K. Deutsch et al, *Political Community and the North Atlantic Area*, Nueva York, Greenwood, 1957.

⁹ E. Haas, *The Uniting of Europe: Political, Social and Economic Forces, 1950-1957*, Stanford, Stanford University Press, 1958.

esta cuestión. Así, por ejemplo, ha aparecido una vasta literatura que trata de los nuevos enfoques institucionalistas y que examina el papel de las instituciones, la institucionalización, el *lock-in*,¹⁰ la dependencia del sendero (*path dependence*) y la formación de las preferencias.¹¹

Entre tanto, el término "europeización" cada día está más presente en el vocabulario de los que estudian el impacto de la integración europea. Muchos trabajos se enfocan en la europeización de diversos estados miembros,¹² en las áreas de políticas¹³ o en los actores.¹⁴ No obstante, existen muy pocos estudios sistemáticos de la manera en que los *actores sociales* de los estados miembros se han adaptado a la integración europea, y también son pocos los análisis de la repercusión que ha tenido esa adaptación en los valores individuales o colectivos, en las identidades de los ciudadanos de la UE y, en última instancia, en el proceso de integración europea. Sigue siendo fundamental determinar hasta qué punto se están —o no— reevaluando las preferencias de los actores sociales de los estados miembros, en la medida en que las transacciones dentro del territorio de la UE son cada día más institucionalizadas y que los canales y patrones de comunicación intraeuropeos son cada vez más complejos.

Desde hace mucho tiempo se reconoce la importancia de la dimensión societal de la integración europea. Como dijo Jean Monnet, cuando creó la Comunidad del Carbón y el Acero, en 1951: "estamos uniendo personas, no formando coaliciones de estados".¹⁵ En efecto, se ha dicho que a Monnet "le interesaba menos elaborar anteproyectos constitucionales perfeccionados, que modelar los patrones humanos de respuesta para inducir un cambio de proceso".¹⁶ Asimismo, los politólogos desde hace mucho

¹⁰ *Lock-in* es el término que utilizan los institucionalistas para describir una situación en la cual los actores han avanzado tanto por un determinado sendero que les resulta difícil o muy costoso intentar una nueva ruta, aunque ésta sea mejor. [N. de la T.]

¹¹ K. Armstrong y S. Bulmer, *The Governance of Single European Market*, Manchester, Manchester University Press, 1998; P. Pierson, "The Path to European Integration. A Historical Institutional Analysis", *Comparative Political Studies*, vol. 29, núm. 2, 1996, pp. 123-163.

¹² D. Rometsch y W. Wessels (comps.), *The European Union and Member States: Towards Institutional Fusion*, Manchester, Manchester University Press, 1996; Y. Mény, P. Muller y J.L. Quermone, *Adjusting to Europe*, Londres, Routledge, 1996; A. Cole y H. Drake, "The Europeanization of the French Polity: Continuity, Change and Adaption", *Journal of European Public Policy*, vol. 7, núm. 1, 2000, pp. 22-43.

¹³ S. Mazey, "The European Union and Women's Rights: From Europeanization of National Agendas to the Nationalization of a European Agenda", *Journal of European Public Policy*, vol. 5, núm. 1, 1998, pp. 131-152.

¹⁴ K. Lavdas, *The Europeanization of Greece*, Londres, Macmillan, 1997.

¹⁵ F. Duchêne, *Jean Monnet: The First Statesman of Interdependence*, Londres, WW Norton and Co., 1994, p. 363.

¹⁶ *Idem*, p. 367.

tiempo consideran que un punto crucial para el estudio de la integración europea es determinar hasta dónde es posible “redefinir [las preferencias de los individuos que tienen interacciones a escala de la UE] en términos regionales, más que en un ámbito meramente nacional”. Sin embargo, aún no se tiene una respuesta a la pregunta: “¿cómo conseguir la cohesión, si acaso es posible?”¹⁷

El proceso de “aprendizaje social” y la “reevaluación de las preferencias” fueron temas centrales para Deutsch y, más tarde, para Haas. Sin embargo, incluso algunos de los principales simpatizantes de estos autores prefirieron obviar ese aspecto específico de su trabajo. Sandholtz y Stone Sweet, por ejemplo, “reconocen los avances logrados por los dos fundadores de la teoría de la integración, Karl Deutsch y Ernst Haas”, y consideran que “acertaron en las cuestiones centrales”,¹⁸ pero prefieren “soslayar el interés de Deutsch por la formación de las comunidades y las identidades *per se*, así como su pregunta sobre si la formación de la identidad precede o no a la construcción del Estado”.¹⁹ Evidentemente, Deutsch no veía esto como un proceso monolineal, sino que para él los dos procesos de formación de identidad y de construcción del Estado guardaban una relación de fortalecimiento recíproco: “la experiencia y la complementariedad pueden, entonces, seguir reproduciéndose la una a la otra, como la gallina y el huevo proverbiales, en un síndrome de aprendizaje étnico”.²⁰ Sin embargo, siguiendo a Haas, Sandholtz y Stone Sweet “dejan abierta la pregunta sobre la posibilidad de que las lealtades e identidades de los actores se trasladen del ámbito nacional al europeo”.²¹

En fecha reciente han resurgido los enfoques sociales constructivistas para estudiar la UE:²² aunque afirman que las ideas y las identidades son importantes para construirla, no existen muchas evidencias empíricas que sustenten esos postulados. Una vez más, los análisis generales sobre cuestiones de relaciones internacionales han predominado en el estudio de la

¹⁷ Haas, *op. cit.*, p. 4.

¹⁸ Sandholtz y Stone Sweet, *op. cit.*, p. 5.

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ Deutsch, *Nationalism and Social Communication*, *op. cit.*, p. 174.

²¹ Sandholtz y Stone Sweet, *op. cit.*, p. 6. Además, declaran que “existe margen suficiente para que haya una gobernanza supranacional, sin que su identificación cambie de manera definitiva” (*idem*, p. 5). Haas estaría sin duda de acuerdo con esta aseveración, dado que él sostenía específicamente que cualquier cambio en las lealtades, como respuesta a las actividades del nuevo centro, no tiene por qué ser absoluto o permanente; pueden seguir existiendo “lealtades múltiples”. Haas, *op. cit.*, p. 15.

²² Véase, por ejemplo, T. Christiansen, K. Jørgensen y A. Weiner (comps.), “The Social Construction of Europe”, número especial del *Journal of European Public Policy*, vol. 6, núm. 4, 1999.

UE. No obstante, como muchos lo han reconocido, ésta no es simplemente una zona de disputa entre los estados, sino un régimen político o un sistema de gobernanza en funcionamiento. Siendo así, resulta sorprendente que haya habido tan poco interés académico por explorar sistemáticamente las diversas percepciones o “imágenes”²³ sobre la UE que prevalecen entre el pueblo europeo, y resulta también notable que haya aún menos interés por determinar si éstas han cambiado y las repercusiones que han tenido en el proceso de integración o en el potencial de desintegración.

Pero quizá lo más sorprendente de todo sea el escaso empleo sistemático que se ha hecho de la literatura sobre nacionalismo e identidad nacional en el contexto de la UE.²⁴ Es claro que ésta desafía los conceptos tradicionales de nacionalismo: “en particular, el principio político que sostiene que la unidad política y nacional debería ser congruente”.²⁵ En efecto, el estudio de la UE puede resultar problemático en un momento en el que la ideología del nacionalismo está tan arraigada que “el mundo de las naciones ha llegado a ser considerado natural —como si no fuera posible la existencia de un mundo sin naciones”.²⁶ Sin embargo, como sostiene Sbragia, un aspecto importante del estudio de la UE es que puede “invitar a los politólogos de los estados y de las federaciones unitarios a que reconsideren lo que hasta ahora han dado por hecho”.²⁷ Más aún, aunque la UE es una entidad única, “puede ser más perjudicial para el análisis estudiarla aislándola de los demás sistemas, que emplear el método comparativo en circunstancias que ciertamente no son ideales”.²⁸ Desde esta perspectiva, el hecho de que la UE no sea un Estado nacional típico no impide usar las teorías sobre el nacionalismo y la identidad nacional para analizar esta construcción única.

En este trabajo omitimos deliberadamente referirnos a los principales debates en torno a si la UE puede ser llamada Estado, o bien, si se está construyendo una nación europea.²⁹ En lugar de ello, nos centraremos en el

²³ Véase Anderson, *op. cit.*

²⁴ Sin embargo, véase J. Mitchell y P. MacAleavey, *Regionalism and Regional Policy in the European Union*, Londres, Palgrave (en prensa).

²⁵ E. Gellner, *Nations and Nationalism*, Oxford, Blackwell, 1983, p. 131.

²⁶ M. Billig, *Banal Nationalism*, Londres, Sage, 1995, p. 37.

²⁷ A. Sbragia, “Thinking about the European Future: Uses of Comparison”, *Euro Politics*, Washington, Brookings Institute, 1992, p. 267.

²⁸ *Idem*, p. 268.

²⁹ Sin embargo, los estudiosos del nacionalismo plantean argumentos sólidos para sostener que los estados generalmente preceden a las naciones (M. Keating, *State and Regional Nationalism. Territorial Politics and the European State*, Londres, Harvester-Wheatsheaf, 1988), que los estados nacionales a menudo emergen de múltiples centros (J. Breuilly, *Nationalism and the State*, Manchester, Manchester University Press, 1982), y que el nacionalismo no surge sin

impacto que el régimen de gobernanza a escala de la UE ya ha tenido en las percepciones de los diversos pueblos europeos y en lo que esto podría significar para el proceso de su integración. Para tal efecto pensamos que podría avanzarse mucho reexaminando la contribución que hizo Deutsch al estudio de la UE y, de manera más general, repasando la vasta literatura que existe sobre nacionalismo e identidad nacional.

TERRITORIO, FUNCIÓN Y AFILIACIÓN EN UNA INTEGRACIÓN PROFUNDA: CONCEPTOS EMANADOS DEL NACIONALISMO

Quizá en ninguna otra parte los tres conceptos de *territorio*, *función* y *afiliación*—que Wallace considera centrales para comprender el surgimiento de la integración profunda en Europa Occidental—³⁰ sean tan pertinentes como en la literatura sobre nacionalismo e identidad nacional. En este trabajo no examinaremos en detalle el tema del territorio, aunque esta dimensión de la UE, de sus estados miembros y de los aspirantes a serlo es un tema inherente a todo análisis sobre la dimensión societal de la integración europea. Sin embargo, tampoco nos limitaremos a cuestiones de afiliación en el proceso de integración, dado que —así lo consideramos— los conceptos surgidos del estudio del nacionalismo ilustran un *vínculo clave entre función y afiliación*. Así, entonces, el desarrollo de un sentimiento de apego a la UE depende de la satisfacción que sientan sus ciudadanos respecto del desarrollo de la dimensión funcional.

Este argumento no es nuevo. Recordemos la célebre sentencia de Renan, de 1882, según la cual la existencia misma de una nación “es un plebiscito diario”.³¹ El nacionalismo, desde esta perspectiva, no es tanto una noción romántica del apego emocional a una tierra o una cultura, cuanto una elección o un acto de voluntad, incluso una decisión calculada con base en los costos y beneficios de la afiliación. En su examen de la naturaleza contingente del nacionalismo funcional, Deutsch *et al.* expresaron esto con precisión: “El tema de la integración política surgió, básicamente, cuando la gente exigió más facultades, mejor desempeño, mayor respuesta y servicios más adecuados a los gobiernos de las unidades políticas por los cuales

más, sino que es activamente creado: “El nacionalismo no es el despertar de las naciones a la autoconciencia, sino que él inventa naciones donde no las había” (Gellner, *op. cit.*, p. 169).

³⁰ H. Wallace, “Introduction”, en H. Wallace (comp.), *Whose Europe: Interlocking Dimensions of Integration*, Londres, Macmillan, 2001.

³¹ E. Renan, “What is a Nation”, en H.K. Bhabha (comp.), *Nation and Narration*, Londres, Routledge, 1990, p. 1.

habían sido gobernados antes. *La integración o amalgamación se consideró, primero, como un medio posible para conseguir esos fines, más que como un fin en sí mismo.*"³²

Desde esta perspectiva, entonces, la decisión inicial de apoyar la integración, mantener el *statu quo* o exigir el incremento de las facultades se adopta a partir del cálculo más o menos racional de los costos y beneficios de la integración o de la delegación de poderes. Sin embargo, las acciones motivadas por interés personal también pueden tener consecuencias perdurables: "en su afán por ganar y ejercer el poder para su propio provecho, las acciones de los nacionalistas pueden transformar a un pueblo en una nacionalidad".³³ También Breuilly plantea esto,³⁴ en relación con el nacionalismo de unificación³⁵ de la Europa del siglo XIX: "El nacionalismo era más importante como un producto que como una causa de unificación nacional."³⁶

Como afirma Edelman: "para estudiar la construcción del significado es necesario enfocarse más en las interpretaciones de los sujetos, que en la observación de los objetos".³⁷ La tesis de Deutsch *et al.* sobre la naturaleza contingente de la identidad nacional sostiene que "los hábitos políticos de lealtad a una unidad particular pueden trasladarse más fácilmente a una unidad política de otro tamaño, más grande o más pequeña, si al parecer ésta ofrece un entorno más propicio para que se desarrolle esa atractiva forma de vida".³⁸ Esto merece ser examinado y comprobado desde esta perspectiva. ¿Hasta qué punto, por ejemplo, la nueva y atractiva forma de vida debe basarse en una realidad objetiva? ¿Hasta dónde pueden manipularse los símbolos y los mitos para propiciar el traslado de las expectativas y actividades hacia el nuevo centro político, o fomentar ciertas "imaginерías" de la UE?

Deutsch, por ejemplo, sostenía que la comunicación y los símbolos son esenciales para comprender cómo nace una "conciencia nacional".³⁹ Así,

³² Deutsch *et al.*, *op. cit.*, p. 87 [subrayado de la autora].

³³ Deutsch, *Nationalism and Social Communication*, *op. cit.*, p. 104.

³⁴ Breuilly, *op. cit.*, p. 65.

³⁵ El nacionalismo de unificación —es decir, la "unificación de diversos estados nominalmente soberanos" (Breuilly, *op. cit.*, pp. 65-89), como ocurrió, por ejemplo, en Alemania y en Italia— constituye un modelo particularmente apropiado para examinar la UE. Aunque estos estudios de los estados y las naciones se refieren a una era anterior, predemocrática, puede aprenderse mucho de los analistas de esos fenómenos.

³⁶ Breuilly, *op. cit.*, p. 65.

³⁷ M. Edelman, *The Symbolic Uses of Politics*, Nueva York, Greenwood, (1967) 1985, p. 195.

³⁸ Deutsch *et al.*, *op. cit.*, p. 85.

³⁹ Deutsch, *Nationalism and Social Communication*, *op. cit.*, p. 170.

“una persona, una organización o un grupo social –como un pueblo– puede hacer algo más que simplemente orientar algunas de sus conductas; puede integrar de manera equilibrada sus experiencias actuales con las tradiciones que recuerda. Puede *concientizarse* si yuxtapone símbolos secundarios –es decir, símbolos de símbolos– a alguna información externa que recibe actualmente, y a ciertos elementos traídos de la memoria.”⁴⁰ Desde este punto de vista, la forma en que se producen las diversas percepciones o imaginерías que tienen los pueblos de la UE y el lugar que ocupan en ellos puede ser crucial para el proceso de integración europea y para el desarrollo de una integración, que sea profunda o de otra índole.

Por supuesto, no deben privilegiarse las ideas, identidades y símbolos, al grado de excluir el asunto del poder. Por el contrario, las herramientas del nacionalismo son muy poderosas: “En tanto las instituciones competitivas sigan prevaleciendo, el nacionalismo podrá movilizar a más gente y organizarla de manera más eficaz, que otros tipos de organización. Los beneficios potenciales del nacionalismo pueden entonces aumentar en proporción a los recursos potenciales de bienestar y de poder al cual tenga o pueda tener acceso la gente, en términos preferenciales.”⁴¹ Como afirma Deutsch: “todo esto suena a política de poder”.⁴² Por tanto, una pregunta clave para los estudiosos de la UE es: “¿cuál ‘imaginерía’ de la Unión es la que prevalece y por qué?”

DEL ESPACIO “DE ORIGEN” AL ESPACIO “NATAL”

Quizás una de las críticas más frecuentes al enfoque de Deutsch para el estudio de la UE es que los ciudadanos de ésta carezcan de manera evidente de un fuerte sentimiento de “europeidad”. Sin embargo, aquí planteamos que la distinción de Billig entre nacionalismo “banal” y nacionalismo “intenso” nos permite comprender mejor el uso que hace Deutsch de los términos “pueblo”, “comunidad” y “nacionalidad”.⁴³ Billig observa que los estudiosos suelen reservar el término “nacionalidad” para referirse a “los brotes pasionales de nacionalismo ‘intenso’, que aparecen en los momentos de disturbio social y que se reflejan en movimientos sociales extremos”.⁴⁴ Lo que a menudo se ignora, según este autor, es el reforzamiento

⁴⁰ *Ibid.*

⁴¹ Deutsch, “The Growth of Nations...”, *op. cit.*, p. 184.

⁴² *Ibid.*

⁴³ Billig, *op. cit.*, p. 44.

⁴⁴ *Ibid.*

cotidiano de la conciencia nacional, el cual es crucial para el mantenimiento de los regímenes nacionales: “En todo el mundo, las naciones despliegan diariamente sus banderas. A diferencia de las banderas de los grandes días, a éstas casi nadie las ondea, las saluda, las mira. En efecto, resulta extraño suponer que ciertos acontecimientos esporádicos, ajenos a la vida ordinaria, sean suficientes para nutrir una identidad nacional continuamente recordada. Parecería más factible que la identidad fuera parte de una manera más banal de vida en el Estado-nación.”⁴⁵

Los estudiosos de la UE que buscan evidencias del incremento del nacionalismo “intenso” y de la presencia de europeos fervientes tal vez resulten decepcionados (o aliviados de que sus expectativas fueran confirmadas de una manera tan sencilla). Nosotros proponemos que el sentimiento de comunidad, que Deutsch *et al.* consideran crucial para sustentar un régimen integrado, se aproxima mucho más a la noción de nacionalismo “banal” de Billig que al nacionalismo “intenso” que suelen evocar los estudiosos del nacionalismo y de la identidad nacional. Por ejemplo, el “sentimiento de comunidad”, que Deutsch *et al.* consideraban un requisito de la integración, no implicaba un vuelco total hacia un “sentimiento de europeidad”, o incluso a la preeminencia de una identidad europea. Más bien, requería simplemente la creencia compartida de que “los problemas sociales comunes pueden y deben ser resueltos mediante procesos de ‘cambio pacífico’”, es decir, que “la solución de los problemas sociales se dé normalmente, mediante procedimientos institucionalizados y sin recurrir a una fuerza física de gran escala”.⁴⁶ Entre tanto, la definición funcional de nacionalidad que propone Deutsch consistía “en la habilidad para establecer una comunicación más efectiva –y entre un rango más amplio de sujetos– con los miembros de un grupo grande que con los que le son ajenos”.⁴⁷ Deutsch sostenía que tres factores, en particular, brindaban la base primordial para que se alinearan las preferencias:⁴⁸

- “la complementariedad de los hábitos de comunicación,
- “la complementariedad de las preferencias sociales y económicas adquiridas, que comprenden la movilidad de bienes o personas, y
- “la necesidad de seguridad y éxito en un medio ambiente cambiante”.⁴⁹

⁴⁵ *Idem*, p. 46.

⁴⁶ Deutsch *et al.*, *op. cit.*, p. 5.

⁴⁷ Deutsch, *Nationalism and Social Communication*, *op. cit.*, p. 97.

⁴⁸ *Idem*, p. 101.

⁴⁹ De igual forma, el interés de Haas en el cambio de las lealtades a menudo es mal interpretado. Según el autor (*The Uniting of Europe*, *op. cit.*, pp. 15 y 16), es más probable que un

Al distorsionar las aportaciones hechas por Deutsch y otros, ha sido relativamente sencillo que los estudiosos ignoren esta gran contribución al estudio de la integración europea. Por supuesto, aún no se manifiesta en la UE un fuerte sentimiento de europeidad.⁵⁰ Sin embargo, la forma en que la función y la afiliación interactúan dentro de un territorio es mucho más sutil que lo que sugiere este enfoque. La UE es mucho más que una simple organización internacional y más que un mero conjunto de instituciones. Es, también, un espacio o sitio dentro del cual reside uno o varios pueblos europeos. En efecto, las facultades que posee el ejecutivo de la UE deben beneficiar a los europeos; supuestamente, beneficiar al (los) pueblo(s) europeo(s). Por tanto, resulta menos interesante preguntar si ha surgido un esquivo "sentimiento de europeidad", que determinar hasta qué punto el nuevo arreglo se ha convertido en el *statu quo* aceptado. ¿Hasta qué punto, por ejemplo, los habitantes de la UE han llegado a percibirla como un espacio "natal" y ya no tanto como un espacio de "origen"?⁵¹ Sería muy útil que los estudiosos de la UE midieran y comprobaran esto.

OLVIDAMOS RECORDAR: LA NORMALIZACIÓN/DOMESTICACIÓN DE LA UE

Renan no sólo reconoció que era necesario que el nacionalismo se reprodujera a diario, sino también enfatizó la importancia del olvido colectivo de pasados embarazosos para mantener las identidades nacionales contemporáneas.⁵² Actualmente, la idea de que los ciudadanos de la UE pudieran formar una nación parece inconcebible. Sin embargo, los procesos de

conjunto muy diferente de intereses lleguen a converger —esto impulsa el proceso de integración y permite establecer una nueva comunidad política—, a que haya una conversión masiva a la doctrina del "europeísmo". En última instancia, sostenía él, un cambio en las lealtades, basado en el interés personal o en las actividades de la élite política, podría incrementar la posibilidad para que se desarrolle la nueva comunidad política, ya sea que resulte de expectativas de largo plazo, del proceso de integración, que sean positivas o negativas. *Idem*, p. 297.

⁵⁰ Sería de esperar que el sentimiento de europeidad se desarrollara únicamente a lo largo de varias generaciones, a través de "un proceso histórico de aprendizaje social, en el que los individuos, por lo general en varias generaciones, aprenden a convertirse en un pueblo" (Deutsch, *Nationalism and Social Communication*, *op. cit.*, p. 174). En todo caso, la ausencia de un sentimiento de europeidad no es por ningún motivo particular de la UE. En efecto, Weber sostiene que la transformación de los "campesinos en ciudadanos franceses" surgió a partir de "la expansión de la educación universal, el servicio militar y el desarrollo de las comunicaciones". Véase E. Weber, *Peasants into Frenchmen: The Modernization of Rural France*, Londres, Chatto and Windus, 1977, p. 486.

⁵¹ Véase Billig, *op. cit.*, p. 43.

⁵² Renan, *op. cit.*, p. 11.

olvido colectivo, mediante los cuales se dejan atrás historias dispares (incluso guerras), no son inusuales en la creación de las naciones. Como nos recuerda Anderson: "Una inmensa industria pedagógica trabaja sin descanso para obligar a los estadounidenses a recordar/olvidar las hostilidades de 1861-1865, como una gran guerra 'civil' entre 'hermanos', más que entre -lo cual eran- dos estados-nación soberanos."⁵³ De igual forma, Billig sostiene que "toda nación que celebra su antigüedad, olvida su juventud histórica".⁵⁴ Por supuesto, parte de la *raison d'être* de la UE era crear hábitos duraderos de cooperación pacífica entre naciones antes enemigas, y obligar de manera irrevocable a Alemania a unirse con sus vecinos europeos. En muchos sentidos, el olvido colectivo de las hostilidades del pasado reciente ha tenido buen éxito. Hasta cierto punto, la normalización o domesticación de prácticas antes desconocidas ayudan a fomentar el olvido colectivo. Así, a medida que los patrones de comportamiento cambian, lo que en un primer momento parecía "nuevo" poco a poco deja de llamar la atención.

A partir del concepto de *habitus* de Bourdieu, Billig llama al proceso de olvido colectivo "*habituación*" (*enhabitation*) y sostiene que éste constituye un aspecto clave del nacionalismo: "Los patrones de vida social se vuelven habituales o rutinarios y, al hacerlo, engloban el pasado. Podría describirse este proceso de formación de rutinas como una *habituación*: los pensamientos, las reacciones y los símbolos se convierten en prácticas rutinarias y, así, se vuelven *habituales* (*enhabited*). El resultado de esto es que el pasado se habitúa en el presente, en una dialéctica de recuerdo olvidado."⁵⁵ Este argumento coincide en gran medida con las teorías de Deutsch sobre el proceso de aprendizaje social, mediante el cual pueden reforzarse los cambios en la identificación: "Y, como en todo proceso de aprendizaje, no deben utilizar simplemente esta nueva información para orientar su comportamiento a la luz de las preferencias, recuerdos y objetivos que tenían hasta entonces, sino también para *aprender*, es decir, para modificar la propia estructura interna de sus preferencias, objetivos y patrones de comportamiento."⁵⁶ En efecto, el concepto de habituación nos recuerda mucho el aprendizaje de "hábitos integrativos" como resultado de una cooperación anterior, que señalaron Mitrany,⁵⁷ Deutsch⁵⁸ y Haas.⁵⁹ Así, sostiene

⁵³ Anderson, *op. cit.*, p. 201.

⁵⁴ Billig, *op. cit.*, p. 38.

⁵⁵ *Idem*, p. 42.

⁵⁶ Deutsch, *Nationalism and Social Communication*, *op. cit.*, p. 117.

⁵⁷ Mitrany, *op. cit.*

⁵⁸ Deutsch, *Nationalism and Social Communication*, *op. cit.*; "The Growth of Nations...", *op. cit.*, y *Political Community and the North Atlantic Area*, *op. cit.*

⁵⁹ Haas, *op. cit.*

Billig, son precisamente estos hábitos y rutinas los que, al recordar a diario la pertenencia de uno, “sirven para convertir un espacio de origen en un espacio natal”.⁶⁰

CONCLUSIÓN: DEL EUROPEÍSMO “HEROICO” AL EUROPEÍSMO “BANAL”

La pretensión de llegar a un europeísmo “heroico”, con el surgimiento concomitante del sentimiento de “europeidad” o de una “identidad” europea, como lo plantea el programa de trabajo de la Comisión para el Libro Blanco sobre la Gobernanza en Europa, tal vez esté un poco equivocada. En lo que se refiere a competir contra los nacionalismos “heroicos” o “intensos”, parece no haber mucho que hacer. En la UE, ser escocés, inglés, francés, alemán o griego es más importante que ser europeo. Sin embargo, esto no significa que el europeísmo banal no se encuentre ya arraigado. Por tanto, la forma en que éste se transmita —o no— entre el pueblo o los pueblos europeos y el papel que desempeñan los actores societales en la integración europea pueden tener repercusiones de largo plazo en las élites nacionales y el proceso inacabado de integración europea.

El concepto de *europeísmo banal* puede resultar muy útil para el caso de la UE. A medida que los políticos de la UE han ido ganando preeminencia en, por ejemplo, las cumbres internacionales o las negociaciones comerciales, esto ha empezado a perder notoriedad. Los medios de información nacionales se ocupan de asuntos relacionados con la UE sin expresar oposición o apoyo, simplemente dando a conocer la información relevante. Hasta cierto punto, las noticias sobre la UE se han convertido en noticias “locales”.⁶¹ Asimismo, las fuentes de información de escala europea, como el *European Voice*, una publicación sobre economía, han empezado a reforzar el sentimiento de que la UE existe como una entidad que requiere de amplia cobertura política. De igual forma, muchos diarios nacionales ahora cuentan con un corresponsal que cubre la UE. Se puede afirmar que esto, a su vez, puede facilitar la formación de “la complementariedad de los hábitos de comunicación”.⁶² Entre tanto, la presencia cotidiana de “banderas que no ondean” refuerza constantemente la pertenencia dual de los ciudadanos originarios de cualquiera de los estados miembros de la UE.⁶³

⁶⁰ *Idem*, p. 43.

⁶¹ Billig, *op. cit.*, p. 175.

⁶² Deutsch, *Nationalism and Social Communication*, *op. cit.*, p. 101.

⁶³ Incluso el propio término de “Estado miembro” podría verse como una “bandera que no ondea”, es decir, sin notoriedad, pero como un recordatorio constante de la afiliación/pertenencia a la UE.

Podrá afirmarse que la pertenencia a la UE es cada vez más natural cuando los individuos empiecen a acostumbrarse a ver ondear la bandera de ésta entre las banderas nacionales; cuando deje de llamarles la atención que sus licencias de conducir o pasaportes llevan la rúbrica de la UE o los lemas que indican el financiamiento de la UE; cuando deje de sorprenderles que, en las aduanas, deben pasar por las filas reservadas a los nacionales de la UE, o cuando, al hablar de las jornadas laborales, se pregunten: “¿No hay un reglamento de la UE al respecto?” En términos de Billig, entonces, la UE se volverá *habitual* en la medida en que los individuos “olviden recordar” que la situación actual no fue siempre así.

Es preciso que se lleve a cabo un trazado detallado. Billig, por ejemplo, sugiere: “Podrían elaborarse taxonomías o señalizaciones para enlistar los distintos géneros y sus estrategias retóricas habituales; y se podría calcular la extensión de las señalizaciones, en diversos ámbitos y en diferentes naciones. Sobre todo, debe sacarse el perfil de la vida de los ciudadanos en naciones establecidas, con el fin de documentar la naturaleza y el número de señalizaciones que puede encontrar una persona promedio en el curso de un día cualquiera.”⁶⁴ Esto concuerda en gran medida con la sugerencia de Deutsch de trazar el mapa de los patrones de comunicación y de la forma en que los individuos los experimentan. Deutsch también destaca la importancia de determinar hasta qué punto los símbolos secundarios, que contienen mensajes implícitos sobre la pertenencia a una nación, han sido identificados con esos acontecimientos y patrones de comunicación cotidianos. “¿Qué magnitud tienen el rango de intereses y el volumen de comunicaciones y experiencias que comparten los miembros de un pueblo? ¿A cuántos de ellos se les ha identificado con los símbolos nacionales? ¿Con qué frecuencia, entonces, se encuentran en circulación esos símbolos nacionales? ¿Qué personas, cosas e instituciones están dedicadas a producir esos símbolos secundarios, y *qué importancia tiene esa porción de las comunicaciones primarias con las cuales se les ha identificado?*”⁶⁵

Traducción de LORENA MURILLO S.

⁶⁴ Billig, *op. cit.*, p. 175.

⁶⁵ Deutsch, *Nationalism and Social Communication*, *op. cit.*, pp. 172 y 173.